

ASPECTO ETNOGRÁFICO DE LA RIOJA

LOS PUEBLOS RIOJANOS: CAUSAS NATURALES Y
HUMANAS DETERMINANTES DEL LUGAR QUE OCUPAN
Y TIPOS DE ELLOS

POR

ISMAEL DEL PAN

Objeto de este trabajo

Al final de mi artículo: *La investigación folklórica en La Rioja: tarea que hay que realizar* (1), inserté un programa sucinto en el que figuraban algunos puntos de inmediata realización para el estudio de la Etnografía y el Folklore regionales. En el segundo apartado del referido programa se comprendía el *Aspecto etnográfico de La Rioja*, como manifestación humana caracterizadora de esta pequeña región natural. Era lógico, que como cuestión primordial, se pensase en el estudio de sus pueblos comarcales desde los puntos de vista de su situación, comunicación, medios de transporte y comercio.

A iniciar estos estudios responde el presente trabajo, que no pretende otra cosa que esbozar el conjunto del problema y mostrar los atisbos de su alcance. La realización de tan interesantes estudios no puede ser obra de un solo investigador, sino de varios, que distribuyan sus actividades, por zonas, en nuestra región. Mayor unidad adquiriría el resultado del estudio, encomendándolo a un solo investigador; pero tendría que ser obra de varios años y contar siempre con cierto personal colaborador. La materia acumulada en tales investigaciones sería todo un libro de Etnografía: el de «El pueblo y el camino en La Rioja».

Esta tierra del Ebro no quedaría sólo determinada por los

(1) Publicado en ВЕРСЕО. Año VI. Núm. 15. Logroño 1949. Pág. 498.

aspectos geográficos, físicos y humanos, sino que a ellos se añadiría el etnográfico, como manifestación externa material del hombre riojano, en sus reacciones psicológicas y sociales, frente al ambiente físico de todos los tiempos de su historia natural y civil : desde los tiempos prehistóricos a los actuales. El estudio de la localización de los pueblos, su vida, sus actividades y evolución de las mismas, dentro del marco etnográfico, participa tanto de la geografía física como de la humana, en su contenido, procedimientos y métodos. Pero los fenómenos de que se ocupa dicho estudio no son tan sólo del orden especial, sino que entrando en el dominio del espíritu, invaden en el campo de la Antropología, que hace fecundos los estudios geográficos, dándoles vida, coordinación y unidad.

La creación de pueblos, como la utilización de caminos, por el hombre son, más bien, hechos etnográficos que de pura geografía. En ellos se transluce lo psicológico, lo temperamental, lo biológico con lo instintivo conservador y protector de la vida y de la hacienda, los principios de utilidad y economía : todo cuanto, en fin, signifique aprovechamiento y dominio de la Naturaleza. Ésta da sus posibilidades al hombre en plena opción. Es el hombre quien ha de elegir lo que aquélla le brinda. Mas aunque esto parezca tan sencillo, no siempre se pliega la Naturaleza a la humana elección, dejando entonces sentir lo geográfico el imperativo de su influjo. Es el hombre quien ha de ceder, en tal circunstancia, a lo que le dicta la Naturaleza, y obedeciéndole trazará sus caminos y situará sus núcleos de población, que ya dijo Galdós (1), « . . . que en esto de elegir caminos el hombre es siempre un navegante y no va por donde quiere, sino por donde le dejan las corrientes y el viento ».

¿Cuál ha de ser, en este caso, lo etnográfico? ¿En qué consistirá la reacción volitiva del hombre? En saber lo que quiere y a dónde va. Con este lema sabrá aprovechar lo que el espacio geográfico le imponga, aunque sea de un modo temporal, porque nada hay eterno en las obras humanas. Entonces podrá darse la paradoja de que por caminos malos se pueda ir a un fin excelente. Y ante un mal derrotero quedará sin efecto el apotegma : « por ese camino no se va a buen pueblo ». Comarcas varias existen, en España, que por su geografía han sido poco favorecidas en comunicaciones y, no obstante, han

(1) Pérez Galdós, Benito. *Episodios Nacionales. La vuelta al Mundo en La Numancia*. Madrid 1906. Pág. 68.

sido arcádicos parajes, por la acertada explotación de su suelo, en las diferentes etapas de su historia, atrayendo corrientes colonizadoras que hicieron subir notablemente su índice demográfico.

Saber aprovechar cuanto la Naturaleza ofrece es la esencia donde radica la explicación de los fenómenos etnográficos y de geografía humana. Sólo precisa hallar el método que establezca la estrecha coyunda vital entre el hombre y la tierra : que hallado el nexo, el pueblo surgirá antes que el camino. Útiles son los caminos de travesía, pero qué tristes si sus bordes los ciñe el yermo, la paramera o la estepa, vocablo, éste, poco placentero, al decir de «Azorín», pues sólo evoca desnudez y esterilidad (1). Ciertamente, añadimos nosotros, que también evoca la idea de amplitud y dilatado horizonte; pero el despoblado la sume en la tristeza. Falta el factor humano que la anime con su sedentarismo: no basta con la errabundez y la trashumancia. Es necesario el arraigo de grupos humanos, que aprovechen su suelo y luchen con las hoscas condiciones del clima: falta el asentamiento agrícola o ganadero, creador de pueblos y de riqueza; y eso sólo puede conseguirse con el regadío y mejora de las tierras. Entonces, éstas se colonizan, y el trabajo ennobecedor atrae al río humano hacia determinados núcleos, formadores de pueblos. En nuestros días hemos visto bien confirmado el aserto con la aparición de nuevos pueblos en las tierras reseca del sector de Montijo (Badajoz) transformadas en regadío, y en cuyo centro, dándoles animación y vida, aparecen los modernos y recientes núcleos urbanos de *Valdelacalzada* y *Guadiana del Caudillo*.

En el hecho etnográfico de poblarse una comarca, una región o un territorio, intervienen factores geográficos y humanos, y, por ende, históricos y raciales. Desde estos puntos de vista procederá enfocar el problema, que de suyo es complejo, por lo que antes decíamos que en su resolución había de intervenir más de un investigador. No hay que perder de vista que es cambiante y profético todo lo geográfico y lo humano. En este sentido cabe considerar la evolución o evoluciones verificadas en la población de un territorio determinado y las causas que las han producido; las oscilaciones demográficas; las corrientes

(1) «Azorín». *La Estepa*. «ABC». Madrid, 26 de julio de 1951. Interesante artículo, por sus puntos de vista geográfico, etnográfico y filosófico.

humanas hacia parajes de mayor atracción económica, utilitaria y de bienestar social; y el conjunto de motivos influyentes en la localización de los núcleos o poblados rurales y urbanos.

Atendiendo a todo esto, nosotros nos hemos propuesto, en este trabajo, trazar un esquema de lo que puede significar para la Rioja este estudio de Etnografía Regional, correspondiente al «demos», haciendo, para ello, una síntesis morfológica del territorio riojano, como origen de algunas causas influyentes en la localización de sus pueblos; un estudio de su distribución general, clasificándolos en grupos, con arreglo a las características de su situación; y haciendo, por último, la enumeración de los tipos de pueblos con arreglo a los aspectos geográfico y de la ocupación de vida.

No es, por lo tanto, el presente trabajo, otra cosa más que una iniciación programática para una serie de estudios parciales, detallados, que deben llevarse a cabo, sobre el terreno, con mapas topográficos escrupulosos y exactos en cuanto concierne a la hipsometría; obteniendo perfiles, cortes geológicos de terrenos, fotografías de conjunto, de los pueblos y lugares en que radican; de sus viviendas; de sus aperos e instrumentos de labranza; de los caminos, antiguos y recientes, que afluyen a los pueblos e irradian de ellos; de los medios primitivos y modernos de transporte; de su comercio; de sus manufacturas e industrias; en una palabra, de todo cuanto pueda dar cabal idea del humano vivir material y espiritual.

Y una vez hecho constar lo que antecede, demos comienzo a la exposición del contenido de nuestros puntos de vista.

Síntesis de las características geográficas y geológicas del solar riojano

En trabajos anteriores hemos venido considerando al solar riojano como unidad geográfica independiente y con características destacadas, en relación a otras comarcas que le rodean. Hoyos y Aranzadi, por su parte, han considerado a La Rioja como una gran comarca natural y etnográfica, digna de concienzudos y metódicos estudios, que la limiten y definan, antropológica y etnográficamente, por ser de gran interés para destacar la variación mesológica, ejercida por la actuación constante de un medio biogeográfico determinado sobre el tipo de herencia racial o nacional. Tanto en este sentido como en el geográfico natural, nosotros no vacilaríamos en destacarla como pequeña

región o región de transición, disociándola en sus básicas modalidades de Aragón, la Baja Navarra y las sierras burgalesas y sorianas.

Así delimitada La Rioja, podría definirse como una faja de terrenos del ángulo N. W. de la depresión del Valle del Ebro que, estructuralmente, corresponden a la Hispania neotectónica o postpirenáica, en su mayoría, con un régimen de amplios horizontes y llanuras ribereñas, y una población de economía esencialmente agrícola, en sus modalidades de regadío y de secano. Se halla, pues, en la zona más interior de la gran región natural del Valle Ibérico, así llamada por el ilustre geólogo hispano, Eduardo Hernández-Pacheco.

Comienza la pequeña región de La Rioja por el N. W., allí donde la parte más occidental de la cuenca del Ebro se estrecha cada vez más entre la Sierra de la Demanda y los Montes Obarenes, como portillo que es preciso transponer para pasar a la antigua merindad de La Bureba, territorio situado al Sur de los citados Montes, regado por el Oca, donde las divisorias de Ebro y Duero señalan, por un lado, el camino de la Meseta Castellana, y por el otro los derroteros del Mediterráneo. La parte meridional de los Montes Obarenes, cuyo plegamiento post-mioceno tuvo, como *antepaís*, a la Sierra de la Demanda, deja entre el citado plegamiento y la rotura Norte de la Sierra aludida, rotura originada por falla, una depresión de terrenos terciarios, algunas veces cubierta por aluviones, que constituye la porción más occidental del curso del Ebro en el solar riojano.

Esta estrecha zona que por el N. W. forma un agudo entrante de La Rioja, en dirección a La Bureba, tiene una importante razón tectónica delimitadora de este sector riojano, en la zona citada, en virtud de cuya razón adquiere individualidad regional. Se trata de que en este preciso lugar tienen su enlace los ingentes plegamientos montañosos de las Sierras Pirenaicas Meridionales, por mediación de los Montes Obarenes, con los correspondientes a los relieves montañosos de las Cadenas Celtibéricas, cuyo engarce orogénico se encuentra, precisamente, en la zona marginal del Norte de la Sierra de la Demanda. La delimitación tectónica que la Naturaleza ha deparado a este ángulo N. W. de la región riojana, no pierde su virtualidad por la consideración de que en el aludido lugar geográfico no exista enlace orogénico, sino, más bien, el encuentro de las terminaciones de dos sistemas de plegamientos: los Pirineos, cuyos pliegues meridionales se extinguen allí sin variar de dirección, y

los de las Cadenas Celtibéricas que en dirección opuesta hacia el N. W., van a morir frente a los Montes Obarenes (1).

Son, pues, los referidos elementos tectónicos dos ingentes mojones geográficos y geológicos que señalan el límite occidental de La Rioja, aislándola, por este lado, de la Meseta y de lo norteño. En este recodo se constituye una parte de la divisoria variscica principal de España. Dice Schriell W., refiriéndose a uno esos mojones naturales del límite occidental riojano, que si desde Nájera, Santo Domingo y Haro, se otea el horizonte hacia el Sur, lo que más llama la atención es el brusco escarpe que presenta la Sierra de la Demanda, la cual, en un corto trayecto, desciende desde los 2.300 a los 800 metros de altitud, diferencia debida a una ingente fractura que produjo el hundimiento de los terrenos mesozóicos, frente al núcleo paleozoico que forma la Sierra. Este salto de falla es considerable, ya que supone unos 1.500 metros de desnivel y forma un gran escalón hacia la cuenca del Ebro, en que gigantescas dovelas y enormes pliegues de roca se hundieron profundamente hacia el Valle Ibérico por la descompresión subsiguiente al cese de los arrolladores empujes orogénicos, que dieron lugar al plegamiento de la Sierra de la Demanda.

El otro factor geográfico y tectónico, que por el Norte de esta Zona occidental de la Rioja, sirve de hito en sus confines, son los Montes Obarenes, nombre que en el más estricto sentido ha sido aplicado a las alturas mayores cercanas a la aldea de Obarenes, sita al Oeste de Miranda, extendiéndose, posteriormente, tal dictado a la cadena montuosa comprendida entre Oña, y el desfiladero del Ebro, cerca de Haro. Precizando más, en sentido geográfico, los Montes Obarenes son, hacia occidente, los últimos ramales de un sistema de sierras merionales que acompañan a los Pirineos en la mayor parte de su recorrido. Tectónicamente se caracteriza el segmento montañoso que a la Rioja interesa, porque su plegamiento ha sido empujado claramente hacia el Sur, es decir, hacia la cuenca del Ebro, determinada con precisión en este sector por la dirección de los mencionados empujes y el gran escalón de falla de la Sierra de la Demanda.

De las tres grandes unidades tectónicas que constituyen el

(1) Schriell, Walter. *La Sierra de la Demanda y los Montes Obarenes*. Traducido del alemán, por L. García Sáinz y J. G. de Liarena. Consejero Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Juan Sebastián Elcano, de Geografía. Madrid 1945. (Págs. 124 - 127).

conjunto de los Obarenes interesa además tener en cuenta para el objeto de este trabajo la cadena montañosa que comprende a los montes Obarenes, propiamente dichos, al Oeste y la que se extiende por el Este entre las Sierras de Toloño, y Tobera, ya que en la orilla izquierda del Ebro existe una zona poblada al pie de la primera de las sierras mencionadas, con medios de comunicación y de vida agrícola de bastante importancia. Esa zona montañosa tiene una estructura tectónica muy complicada. Las masas de caliza urgoniana que la constituyen, merced a los grandes empujes orogénicos sufridos, se hallan corridas sobre los sedimentos terciarios, cabalgando en ellos a manera de cubierta de deslizamientos, desmembrada en otras tres cubiertas especiales. Tal puede observarse cerca de Labastida, donde el primordial corrimiento de las capas calizas se ha verificado hacia el Sur.

Aunque las referidas calizas urgonianas pueden originar cascadas y saltos de agua por filtraciones hídricas meteóricas, la enrevesada estructura tectónica montañosa antes indicada debe hacer que se pierdan en su trayecto subterráneo muchas de esas aguas, dificultando su captación en caudal adecuado cuando se trate de conducir las para el abastecimiento público. Hace más de treinta años la Sierra de Toloño ocupó el primer plano entre los asuntos municipales de vital interés para la capital riojana. Se trataba de sustituir, por insuficiente, el caudal de agua potable del Iregua que abastecía a Logroño por una nueva tráfda de aguas de la Sierra de Toloño. En ello estaba interesada la población entera; mas el proyecto no llegó a tener realidad, a pesar del tiempo transcurrido en su gestación. Ignoramos las causas que lo motivaron. Pero el pueblo, que tiene a veces mucho de profeta, cantaba a voz en cuello con motivo de la inauguración de la nueva Plaza de Toros, que tuvo lugar entonces, coplas como ésta :

« Logroño ya tiene plaza :

bien está.

Y también buenas corridas

pronto habrá.

Mas las aguas de Toloño,

ja, ja, ja,

No vendrán, no vendrán, no vendrán ».

La individualidad geográfica y tectónica de la Rioja no sólo queda determinada por el N. W. conforme hemos hecho cons-

tar, sino que también, por el Sur, la destacan elementos geográficos y tectónicos de importancia, como son los Cameros y la gran falla que con ellos sirve de límite al solar riojano por esa parte. Esta enorme caída de las altas tierras citadas hacia la depresión del Ebro se relaciona con la ingente fractura ya mencionada en la Sierra de la Demanda en la base de cuyo abrupto escalón se encuentra la villa de Anguiano. Respecto a la forma o contorno de la gran fractura terrestre, camerano-riojana, dice el ilustre geólogo e ingeniero don Clemente Sáenz (1), que al acercarse al Sur de Logroño, en Ribafrecha, dobla bruscamente en forma de V invertida, pasando de la dirección N. W. a la S. E., presentando la dirección de esta falla un ramal entre Arnedillo y Fitero, con rumbo casi perpendicular al de la parte más occidental de Anguiano.

Esta fractura terrestre de nuestro territorio, principalmente la comprendida entre Arnedillo y Fitero, tiende, también, a separar la fértil Rioja de los Cameros Viejos, estableciendo así su límite oriental, como región, por el descenso brusco en forma de escalón desde los referidos Cameros hasta el valle de Linares con la «hoya» del «Barranquillo», que constituye el rincón geográfico y geológico de Grávalos. Así parece desprenderse de las observaciones por nosotros realizadas en un viaje por este sector regional, donde pudimos apreciar que los materiales litológicos sedimentarios que le rodean se hallan fuertemente plegados e inclinados con buzamiento, predominante de N. W. a S. E., lo que explica el arrumbamiento y fuerte pendiente de dichos materiales hacia la depresión y el origen tectónico primordial de la misma. Es, pues, en esta zona, donde la Naturaleza ha trazado el límite oriental de las tierras riojanas con la citada depresión, con los cursos del Linares y el Alhama y con la divisoria geográfica y geológica con tierras de Soria, que establece la hidrografía secundaria que afluye al Linares por las estribaciones de la Sierra de Alcarama.

La terminación de la Rioja, por oriente, podría fijarse, aunque no con precisión, en aquellos parajes en que de una manera amplia se ensancha el Valle Ibérico en los confines de Aragón y Navarra. Más difícil es hacerlo por el Norte en muchos lugares, porque la corriente del Ebro más bien establece un límite

(1) Sáenz García, Clemente. *Estructura general de la cuenca del Ebro*. Primera reunión de Estudios Geográficos celebrada en la Universidad de Verano de Jaca. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto «Juan Sebastián Elcano». Madrid 1942. Pág. 252.

político, provincial, que un verdadero aislamiento geológico de región, pues recurriendo a la estratigrafía puede colegirse de recientes estudios en esta zona, que las mismas series de yesos oligocenos y miocenos, de conglomerados y molasas, señalan una marcada identidad de origen sedimentario y tectónico, entre esta clase de terrenos de Rioja y de la Baja Navarra. Por lo que se refiere a los conglomerados o pudingas calcáreas de que se ha hecho mención y que en diversos lugares riojanos originan paisajes ruiformes, torreones rocosos y mallos, puede seguirse su formación geológica en notables espesores desde el Alto Aragón por Gallipienzo, Estella, cruzando el Ebro, por las Conchas de Haro, y ya, al otro lado, por Garganchón, Anguiano, Viguera, Castañares, Islallana, hasta Autol (1), formando como un murallón que ciñera una porción del territorio ribereño del Ebro, que del lado de su orilla derecha hemos considerado como Rioja, pero que muy bien pudiera continuar por los terrenos de la margen izquierda.

Cercada, pues, la Rioja, por el enorme foso de sus fallas, aislador regional de las tierras altas que la rodean, y por el baluarte rocoso de sus conglomerados paleógenos antes citados, se presenta como una depresión ribereña del Ebro en que abundan los yesos y sedimentos salinos, en gran parte de formación oligocena; las molasas, miocenas, a veces en estratos horizontales, que forman relieves tabulares o en forma de artesa volcada; y un gran número de formaciones diluviales y aluviales, en gradería, constituyendo terrazas pliocenas, algunas, la mayoría cuaternarias. Los afluentes del Ebro y los subafluentes, en su activa y continuada erosión, con períodos de rejuvenecimiento de la red hidrográfica, han tallado y delineado el territorio riojano en pequeñas demarcaciones comarcales, que se contienen entre las cuencas de dichos afluentes o se inmiscuyen entre las digitaciones montuosas limitantes de la región, siguiendo las anfractuosidades de los valles. La geografía física ha trazado de este modo el marco territorial a diferentes grupos de pueblos, dirigiendo, con sus leyes naturales, la distribución humana en la región.

Una faja esteparia de terrenos corre a lo largo de la margen derecha del Ebro, sobre todo en la Rioja Baja, interpuesta entre las formaciones aluviales de las riberas de aquél y un conjunto de terrenos terciarios que forman a modo de meseta o planicie

(1) Sáenz García Clemente. *Op. cit.*, pág. 246.

elevada hacia el Sur del territorio regional. Esta zona de terreno estepario es el reflejo geográfico de la dureza del clima en la llanura Ibérica. Los factores climáticos de ella son similares a los de las estepas: inviernos fríos, con mínimas medias de 6.º (en Logroño 6º, 7); veranos no muy calurosos, pero secos, con una temperatura media, máxima, de 57º para la capital riojana, lo que supone una oscilación térmica anual de 43º, 7 y una temperatura media anual de 12º, 6. Vientos fuertes con frecuencia que barren de nubes el valle, lo que da un buen número de días despejados con un azul puro en su cielo. Estos vientos son fríos en invierno y secos en verano, contribuyendo con ello a la desecación y endurecimiento del substrato arcilloso de los terrenos y a que la vegetación espontánea sea rala y escasa en muchos parajes. Y como las lluvias son variables y no muy abundantes (371 milímetros en Logroño como media), la tendencia al régimen estepario es casi la norma en ciertas zonas del Ebro, atenuándose algo en la parte N. W. de la región por el aumento en la cantidad de vapor de agua atmosférico que se traduce en nieblas matinales, incluso en verano, sobre todo por la parte de Haro y comarca de los Obarenes, lo cual hace decir a la gente de Logroño al llegar por ferrocarril a Las Conchas desde la capital: « que cambia el cielo y ya han salido de la Rioja ».

La vegetación, en sus relaciones físicas y biológicas con el clima y el suelo, varía en su parte y aspecto según las zonas de la región que se consideren y según los parajes. Así, en la faja esteparia mencionada, la vegetación espontánea es rala y desmedrada. Matas leñosas de hábito xerofítico, alternando con hierbas que delatan su halofilia en el aspecto, salpican en rodales el terreno que queda al descubierto en muchos lugares, mostrando su faz rojiza o gris amarillenta en terrazgos veteados de eflorescencias salinas. Allí el tomillar y las alhucemas se asocian a especies de salsoláceas, plumbagináceas, dipsacáceas y compuestas, con las que se entremezclan los tallos fistulosos del hinojo, que esparce en el aire sus esencias en unión de otras aromáticas umbelíferas. Parte de esta vegetación es ornamento de floreros en casas pueblerinas o en caseríos de las proximidades de la estepa; mientras el tomillo y el hinojo son recogidos, preferentemente con fines utilitarios, para el aliño de aceitunas, que aunque pequeñas y verdinegras, no son despreciables para abrir boca en el yantar o para servir de merienda a los gañanes, rociándolas con tragos de lo tinto.

De la zona esteparia está proscrito el árbol. Pero en las

orillas del Ebro y de sus afluentes prosperan bien los chopos, formando amenos sotos. Y no es difícil conjeturar que en un futuro plan de repoblación forestal de estas llanuras del Ebro fuese el chopo el árbol más adecuado para llevar a cabo esa tarea, manteniendo este arbolado a orillas de canales de riego o en lugares en que éste fuera hacedero, de vez en cuando. La estepa no sólo es hija del clima sino también consecuencia de las devastaciones humanas, inspiradas por una economía destructiva continuada e irracional. Ciertamente que aquella frondosa flora arbórea de nuestra región en los tiempos pleistocenos sufrió una merma considerabilísima con el cambio de clima que se verificó al final de ellos; pero sus residuos, ya en vías de extinción, fueron arrasados por el hombre en época histórica pasada y aún en épocas recientes, sin que la reposición fuera proporcionada a lo destruido. Sin embargo, en lugares protegidos de las barrancadas o con humedad suministrada por arroyos y ríos subsiste aún, en la Rioja, el bosque y el sotobosque, como puede observarse, por ejemplo, en el lugar en que se asienta el Monasterio de Suso y en algunos sitios de la cuenca del Najerilla, donde aún puede apreciarse la asociación del bosque y matorral en el Barranco de Cuesta Reniega, en Matute.

No obstante la acción destructora del hombre laborando en favor de la estepa, también hay que anotar como contrapartida que de los setenta y dos mil kilómetros cuadrados de terrenos esteparios españoles, el hombre del agro hispano ha ido, poco a poco, invadiendo los dominios de lo estéril para arrancarle parte de su baldío territorio y convertirlo en tierra laborable. El principal papel en esta transformación lo representa el trabajo individual y colectivo: asentamientos, roturaciones, enmiendas de terrenos y, por último, los riegos. En Rioja, el hombre ha ido así, también, cercenándole terreno a la estepa y a las tierras llecas, engrandeciendo el suelo riojano y acrecentando la economía regional con cultivos de huerta intensivos y remuneradores; transformando los conglomerados y pudingas de sus terrazas fluviales en rientes viñedos, que más que producto de trabajo agrario parecen obra de jardinería; cubriendo las recocidas tierras arcillosas con el olivar allí donde la temperatura lo permite, y utilizando los secanos sujetos a los eventos desfavorables de las heladas tardías y las sequías primaverales para cultivos cerealistas, cuyas especies subvienen a las necesidades de la población de aldeas y villas. Únicamente parece haber decrecido la riqueza pecuaria riojana con relación a tiempos pasados,

sin duda porque siempre dominó lo agrario en el pensar colectivo riojano con acierto, a nuestro juicio, pues del campo vive principalmente España.

El carácter geográfico de región de transición que tiene la Rioja es causa de lo variado de su paisaje. En él se reúnen los más distintos elementos morfológicos y estéticos, aportados por los factores geológicos, climáticos y biogeográficos del medio. El paisaje regional es un verdadero mosaico, por lo que más bien que del paisaje en singular cabría hablar de los paisajes riojanos. Así, un paisaje de la comarca obarenica tiene el aire norteño de los que suelen admirarse en la orla cantábrica española. Y cuando el Ebro se abre paso en Las Conchas de Haro, el ánimo del espectador presiente el mar tras los crestones calizos de la montaña, viendo desembocar en él una de esas típicas rías asturianas. Pocos kilómetros más allá corre mansamente el río entre frondas; al bravo roquedo sucede la dulzura del paisaje de vega con sus variados cultivos y el gayo vivir del labrantín. En otro sector, el tosco sayal de la estepa muestra sus calveros y cerretes pelados de calcinadas tierras donde la pesadumbre del viajero se alivia con el aroma del tomillo. Por otro lado, pedregales; valles de ríos y torrentes, rellenos por sus gleras, entre cuyos cantos abreva el ganado lanar las aguas transparentes de los escasos filetillos del estiaje. Praderío y sotillos; bosque, como el de Suso o tierras sublimes y serenas que abren su horizonte espiritual hacia lo contemplativo y eterno, como insensible gradación y continuidad hacia tierras de Burgos y Soria que en parte limitan la región. Parece como si Dios hubiera querido hacer de la Rioja un muestrario paisajista nacional con retazos sobrantes del conjunto hispano: en él hay trozos norteños, manchegos, levantinos y andaluces.

Así es el solar riojano dentro de lo que administrativamente se llama *provincia de Logroño*: un retazo, una faja de terreno, cuyo contorno coincide precisamente con el mapa de la distribución de sus viñedos y el de la elaboración de sus famosos vinos (1), manifestación primordial de sus actividades agrícolas, que pone bien de relieve la estrecha coyunda entre la geografía física y la humana. La región, que no la provincia, constituye un todo armónico, un sistema geográfico y geológico conectado

(1) Dantín Cereceda, Juan. *Regiones naturales de España*. Tomo I. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. «Instituto Juan Sebastián Elcano». Madrid 1942. Pág. 52 (Mapa).

con las actividades humanas, con sus manifestaciones y con sus necesidades.

Dicho sistema explicará, en gran parte, la razón de ser de la localización general de los pueblos, villas y ciudades de la región, obedeciendo a causas naturales y humanas. Ese mismo sistema mostrará al observador el origen reciente o lejano de los conglomerados urbanos de la región por el lugar en que están situados, ya que las especiales condiciones del territorio han podido permitir en tiempos remotos la penetración de gentes prehistóricas y protohistóricas por caminos que les ofrecían las orillas de los ríos, los vados de éstos, las sendas y caminos carreteros de las cuestas. Y en los tiempos históricos las calzadas romanas, los caminos medievales, hasta el actual sistema de carreteras en que se sitúan muchos pueblos riojanos, caminos éstos en los que aún puede apreciarse un verdadero sistema radiante que, desde el interior de la Rioja, se abre paso hacia el Ebro. Examinemos ahora las causas generales de la localización de los pueblos, aplicándolas a los de la Rioja.

Causas que influyen en la localización, desarrollo y desaparición de los pueblos y su aplicación a los de la Rioja.

En la opción con que la Naturaleza brinda al hombre para elegir el lugar donde ha de radicar su vivienda, intervienen causas naturales y humanas que deciden la manera de poblar un territorio, la ubicación de casas, lugares de trabajo y refugio, y el conjunto de la diseminación de los núcleos humanos, que darán las facies etnográfica y demográfica de un espacio determinado de la tierra.

De las causas mencionadas son las *naturales* las que, en todos los tiempos, ha tenido más en cuenta el hombre para fijar el sitio de su residencia temporal o permanente. Y la razón es de peso, porque al espacio geográfico ha de vivir vinculado estrechamente; sobre él ha de dejar sentir aquel su influjo físico y biológico, y en ese espacio han de actuar las fuerzas ciegas de la Naturaleza, que en momentos determinados pueden aniquilar vidas y haciendas, torciendo el curso de la existencia humana y desbaratando planes preconcebidos.

Consideremos, por ejemplo, la dinámica de las grandes avenidas de aguas y de las enormes crecidas de los ríos y po-

dremos apreciar la importancia que tiene la elección de lugar para la situación de la vivienda humana. De todos son conocidos los desastrosos efectos de las inundaciones del Segura y lo catastrófico de las de Consuegra en España. Añadamos a estos efectos devastadores los fenómenos hidrográficos de cambios de dirección de las corrientes ácuas durante las crecidas y tendremos explicado el que muchos meandros abandonados vuelvan a ser ocupados por los ríos que antes circulaban por ellos, dejando arrasados sus cauces recientes convertidos en pedregales, sobre los que tiende sus arcadas *puentes en seco*, pretéritos testigos de las veleidades de la corriente fluvial.

Casos como los que citamos se registran con frecuencia en los ríos españoles. Y en marzo de 1949 la prensa diaria (1) dió cuenta de la inmensa crecida del río Saja en Santander que arrancó árboles, arrasó praderas, y buscando el antiguo cauce se alejó cinco kilómetros del actual, exigiendo la construcción de puentes y diferentes obras para sistematizar la nueva corriente. Una riada ocurrida en 1750, parecida en consecuencias a la actual del Saja, desvió el cauce del río hacia el que tenía actualmente sobre el borde Sur del valle de Cabezón de la Sal. Durante doscientos años crecieron bosques y se consolidó la tierra de las márgenes, quedando al parecer invariable el nuevo curso. Pero la crecida de marzo de 1949 ha demostrado lo erróneo de tal presunción y el aspecto que ofrece uno de los valles más amplios, llanos, frondosos y fértiles de la montaña es desolador. Los diez mil habitantes que tenían allí su medio de vida han tenido que solicitar de los Poderes públicos las obras de encauzamiento necesarias.

Todo esto nos indica que a pesar de que toda instalación humana tiene necesidad de agua y que por lo general la distribución de los hombres se halla en relación directa con el reparto de ese elemento natural existen *condiciones restrictivas*, como las del caso citado anteriormente, en que las inundaciones violentas no permiten al hombre instalar su centro habitual de residencia en las partes bajas de los *thalwegs*. Generalmente, cuando los núcleos de población son *riberaños*, se instalan sobre terrazas fluviales de cierta altura si se sitúan junto a las márgenes o en eminencias o escarpes no muy distantes del río.

La mayoría de las *condiciones geográficas* del solar río-

(1) «A B C», 11 marzo 1949. *Las aguas del Saja vuelven al cauce abandonado hace dos siglos.*

jano que antes hemos expuesto son causas eficientes que favorecen una distribución humana a lo largo del Ebro y de los ríos del interior. Una gran mayoría de los pueblos riojanos jalonan las corrientes fluviales a uno y a otro lado de las mismas, ordinariamente sobre alguna de las terrazas de dichos ríos o en alguno de los flancos. Con ello se sortea el peligro de las crecidas y se facilita el aprovechamiento de las aguas para el abastecimiento ordinario y, asimismo, para las explotaciones del cultivo de huerta. La gran llanura de aluvión, sobre que se asientan la ciudad de Logroño y todos los cultivos de cereales, huerta y viñedos de sus fértiles contornos (1), no es otra cosa más que una de las antiguas terrazas del Ebro que sirve de plataforma sobre el río a la capital.

La distribución humana, a lo largo de los ríos en el espacio geográfico riojano, muestra bien a las claras la ley de atracción biogeográfica que ejercen las aguas corrientes para la población de un territorio. Pueblos *ribereños* son con nombre alusivo a su localización, entre otros, *Cuzcurrita de Río Tirón y Tirgo de Río Tirón; Baños de Ebro, Baños de Río Tobía, Canillas de Río Tuerto, Albelda de Iregua y Villamediana de Iregua; Leza de Río Leza y Murillo de Río Leza; Jubera*, a orillas del río de su nombre; *Muro de Aguas y Ambas Aguas; Aguilar del Río Alhama y Cervera del Río Alhama*, con otros numerosos, que a pesar de no señalar su nombre la situación se hallan a orillas del Ebro o de sus afluentes. Examinando uno de estos sectores fluviales de la Rioja, fácilmente se apreciará una mayor densidad de población en las márgenes de los ríos, hecho humano que encuentra su paralelismo en un país tan dispar con el nuestro y nórdico como Noruega, cuyos ríos del interior muestran análoga distribución demográfica que en la Rioja.

Las *desembocaduras y confluencias* de ríos son, también, causas naturales geográficas propicias para el emplazamiento de los pueblos y desarrollo de los mismos. No es necesario recurrir aquí a la cita de poblaciones y ciudades populosas de vida próspera en el pasado o en el presente que se hallan enclavadas en las desembocaduras de grandes ríos o en la confluencia de éstos y sus afluentes. Nos limitaremos a citar casos

(1) Pan, Ismael del. *Observaciones geológicas sobre el yacimiento logroñés con Elephas antiquus*, Falc. Bot. de la Real Soc. Esp. de Historia Natural: Tomo XLVIII. Núm. 1, 1950. Págs. 57 y 58 y Lám. III, fig. 2.^a y Lám. VI. Madrid 1950.

probatorios que interesan a nuestra región. En la confluencia del Alhama con el Ebro se encuentra *Alfaro*, existente en la época romana con el nombre de *Gracurris* y, asimismo, *Calahorra* (Calagurris) en la confluencia del Cidacos con el antedicho río peninsular; *San Martín de Barberana* (Barbabiana) en la del Leza con el río citado; *Varea* (Vareia) en la del mismo río con el Iregua, y así otros varios que no se citan por no ocupar más espacio.

El ilustre arqueólogo Blas Taracena (1), en los interesantes estudios que realizó en diversos lugares de la Rioja hizo notar en alguna ocasión que al verificarse la romanización de los indígenas protohistóricos riojanos, las legiones de Roma, aprovechando las favorables coyunturas geográficas que la Naturaleza les ofrecía, tanto en las confluencias fluviales referidas como en el curso medio de los afluentes del Ebro, habían emplazado las ciudades dichas en el lugar que algunas ocupan por su valor estratégico. A nuestro juicio, concretando más, porque esos lugares dominaban antiguos caminos carreteros o de tipo céltico, que corrían a lo largo del Ebro y se remontaban por las márgenes de algunos de sus afluentes y en ciertos casos especiales, porque hallándose situados en el curso medio de los afluentes, determinadas ciudades y pueblos serían verdaderas fortalezas y atalayas que bloquearían la comunicación de las tierras altas con la población de las llanuras riojanas.

Añadamos a lo expuesto que también los pasos de ríos, primero en *vadera*, y después en *punte*, dieron lugar a que se creasen pueblos y ciudades en sus cercanías, ayudando a que se poblaran las márgenes fluviales y adquiriesen mayor auge los núcleos humanos de las confluencias. Logroño mismo, aparte de otras circunstancias geomorfológicas que influyeron en su implantación, radica junto a vaderas, posteriormente originarias de pasos de puente sobre el Ebro que hoy constituyen la divisa emblemática de su escudo. Alfaro complementa su carácter de ciudad de confluencia con el de lugar de vadera, a la que debió facilitar su paso un antiguo puente, cuyas ruinas dan fe de la romana *Gracurris*. Rincón de Soto, que no es pueblo de horquilla de río y afluente, lo es de vado, que se salva con barca, a cuya estancia afluyen dos viejos caminos. Así lo era Ca-

(1) Taracena, Blas. *Excavaciones en la Rioja*. «Rioja Industrial». Revista ilustrada de Literatura e Información. Año XXVI. Número 21. Logroño, septiembre, 1945.

lahorra por el Vado de la Rota y por el existente, frontero a San Adrián, también con su barca. Lo es también el lugar de San Martín de Barberana, con vado y barca, para salvar el Ebro y comunicar con el pueblo navarro de Mendavia. Y del mismo modo Fuenmayor, separado por el despoblado de Buicio del meandro del Ebro, cuyos vados lo comunican con el pueblo de la Rioja Alavesa: La Puebla de la Barca, nombre bien significativo respecto al medio de comunicación con el resto de la Rioja. Y, en fin, Cenicero, Torrementalvo y otros debieron utilizar primitivamente esos pasos fluviales para comunicarse con Alava y con Navarra.

Cuando a las causas puramente geográficas se asocian *las del clima*, especialmente *locales*, se observa en la generalidad de los casos la tendencia humana a instalar los pueblos y viviendas, orientándolos de tal modo que sigan la marcha del sol: de saliente a poniente; son pueblos *de solana*, como ocurre en gran número de los de Rioja Baja y en algunos de tipo serrano por ser limitantes con las tierras altas de la región. En ciertos casos esta orientación aprovecha un buen número de horas eficaces de sol y resguarda a los núcleos urbanos de los fuertes vientos del N. W., que suelen azotar en determinados sectores regionales. Otros pueblos riojanos se albergan en los valles eligiendo para el aprovechamiento del sol las horas de mediodía y de la tarde, evitando sin duda la acción enervante y nociva del viento S. E. o «bochorno», como puede observarse en pueblos ribereños del Iregua: Nalda, Albelda, Alberite, Villamediana.

Las causas de *origen geotectónico* inducen muchas veces, excitando el humano sentimiento de utilidad, a la colocación de las viviendas aisladas o agrupadas en lugares, donde las convulsiones de la Tierra dejaron al descubierto, o en condiciones de fácil explotación, las riquezas del subsuelo en forma de materiales útiles al hombre. Así ocurre en las *líneas de fractura* de la corteza terrestre con la aparición de filones metalíferos, venas carbonosas y manantiales de aguas minero-medicinales; y en las *fosas tectónicas* y *hoyas* que, a la larga, transforma el hombre en lugares de explotación cerealista y huertana.

La gran falla, en forma de V invertida, que como accidente natural separa el territorio riojano de las tierras altas, y de la cual se ha tratado en la síntesis geográfico-geológica, alinea en su recorrido una serie de pueblos de la Rioja que debieron nacer como agrupaciones humanas de límite natural de comarca, pero

que evolucionaron pronto por sus actividades y ocupación de vida a pueblos industriales y mineros; unas veces por el laboreo de sus materias minerales y trabajos de primitiva metalurgia, y otras por el aprovechamiento de sus aguas, nacientes, como termas naturales o aplicándolas a la curación de dolencias. Así quedan situados en la alineación de la falla referida, y de oriente a poniente Grávalos, sito en una verdadera depresión (« Hoya de Grávalos »), que se continúa con la Rioja, y por este motivo con economía ganadera en su origen, agrícola en la actualidad; Villarroya, Turruncún, Préjano y Arnedillo, pueblos mineros; en el vértice de la V invertida de la falla, Ribaflecha, que desde remotos tiempos explota sus canteras de yesos paleógenos; y ya, a poniente, en el escalón de falla de La Demanda, Anguiano y Ezcaray, punto donde existen restos evidentes de explotaciones mineras que datan del siglo X, con aprovechamiento de minerales de plomo, cobre y hierro, como los de Mansilla, cuyas minas y laboreo de metales hay noticias de haber sido objeto de explotación y de actividad por parte de los romanos.

La *topografía* peculiar de un determinado territorio ofrece asimismo motivos de elección para situar villas, pueblos y lugares en condiciones particulares de desenvolvimiento de sus actividades, con vistas a un óptimo utilitario de vida, explicándose de este modo la existencia de *pueblos de ladera, montaraces y de llano*. Los *pueblos de ladera*, aparte de otras condiciones fisiográficas, que pueden haber inspirado su situación, se ha tenido casi siempre en cuenta la proximidad de manantiales ácueos, cuya capa piezométrica o manto de agua subterránea tiene su nivel y trayectoria orientados en relación con la estratigrafía y el declive del terreno en que se agrupan las viviendas humanas. En la Rioja existen muchos *pueblos de ladera*: unos, en conexión con los relieves de las tierras altas, como sucede con Torrecilla en Cameros; otros, como Briones, en colinas sobre la llanura, dominando la orilla derecha del Ebro, o bien en la izquierda como Briñas, cuya villa se sitúa en la pendiente de un cerro, próximo a la corriente del río que se salva con un antiguo puente de comunicación con Haro.

Los *pueblos montaraces*, recostados de ordinario en los fondos montañosos, han debido su existencia al carboneo, a la vida pastoral y ganadera o a la artesanía en determinados aspectos. Como estas condiciones de vida son fluctuantes y en muchos casos sufren un proceso degenerativo, por regla gene-

ral su desarrollo es precario y muchos de ellos caminan hacia su desaparición si la escasa agricultura que pueden sostener no es capaz de dar ocupación a los brazos que quedaron inactivos por la desaparición de otros medios de vida. No son muchos los pueblos montaraces en la típica Rioja, pues los que pudieran enumerarse, como tales, pertenecen ya a las culminaciones de Cameros y La Demanda que salen fuera del concepto y característica que hemos asignado a nuestra región. Algunos de los que en ella merecían ser así considerados son pueblos situados en las cercanías de las líneas de fractura ya mencionadas, como ocurre con Nestares al pie de las cumbres del Serradero, y con Valgañón, pueblo éste que ha disminuído de habitantes en relación al censo de mediados del siglo XVIII por la desaparición de la artesanía dedicada a la fabricación de paños. Respecto a los *pueblos de llano* son los más abundantes y ya han sido objeto de comentario y lo serán con otros motivos.

En este aspecto etnográfico de la demografía de un territorio y situación de los pueblos, el hombre deja sentir a veces su acción de una manera más palmaria, jugando entonces principal papel las *causas humanas*, como determinantes del emplazamiento de los núcleos de población, rurales y urbanos. Los *medios de comunicación* intervienen así en los orígenes de pueblos y desarrollo de los mismos a lo largo de una vía antigua o moderna de comunicación, como ocurre con los llamados *pueblos de camino*. Claro es que en último resultado todos los pueblos tienen o llegan a tener su camino. Pero casos hay en que el pueblo surge antes que el camino; otros, en que es concomitante, y, finalmente, casos en que el poblado o la urbe surgen como consecuencia de crearse la vía de comunicación.

En la existencia y distribución de los llamados *pueblos de camino* han de tenerse en cuenta siempre las antiguas vías de comunicación que pudieron ser causa de su emplazamiento, es decir, los viejos caminos que pudieron servir, incluso de pauta, para el trazado de los actuales caminos y carreteras. En la Rioja, como en otras regiones españolas, los antiguos caminos de invasión como los de aquellos prospectores de los metales entre las gentes protohistóricas dejaron, en muchos casos, trazado el derrotero que habían de seguir las calzadas y caminos militares de los romanos, cuyas vías siguieron utilizándose para el tránsito en ulteriores centurias en algunos casos con ciertas modificaciones viales durante la Edad Media. Aquellos primitivos caminos, precursores de la calzada romana en nuestra

región, existían probablemente accesibles a lo largo del curso del Ebro y de sus afluentes, ya en la segunda Edad del Hierro y, con toda seguridad, unirían austeros poblados de berones o bravías fortalezas celtibéricas. La caverna natural cede el puesto a las cuevas artificiales talladas en la roca, mientras familias y tribus establecen socialmente el nexo para constituir poblados defensivos y de incipientes actividades agrícolas en el suelo riojano.

No es, por tanto, extraño que jalonando el curso del Ebro y sus afluentes se hallaran poblados, muchos de ellos ciudades en época romana, que ya en la Edad Media adquirieron un vasto desarrollo, puesto que en el reinado de Alfonso VI contribuyeron al progresivo desarrollo del comercio en la Rioja las comunicaciones acertadamente distribuidas en la región, aprovechando las antiguas calzadas romanas (1). Aún existía en la referida época histórica la antigua calzada paralela al curso del Ebro que desde Zaragoza, pasando por Tudela, Alfaro, Calahorra, Varea, Logroño, Tricio, Nájera y un poco al Norte del actual Santo Domingo de la Calzada se internaba en tierra de Burgos. Existía también la que partiendo de Nájera recorría todo el valle del Najerilla, para introducirse en Castilla por Canales de la Sierra. Asimismo, desde Logroño y Varea, arrancaba otra calzada que seguía por el valle del Iregua hasta Soria, y gemela con ésta existía también la calzada que se iniciaba cerca de Agoncillo (la antigua *Egon*) y corría paralela al curso del Leza en dirección Sur. Y, del mismo modo, la de Calahorra a lo largo del Cidacos, hasta las ruinas del Numancia, y por último, y hasta ese histórico lugar, debió de existir otra que, partiendo de Alfaro, remontaría la corriente del Alhama.

Estas comunicaciones dirigidas a lo largo de los cauces fluviales en dirección Norte-Sur favorecieron, indudablemente, el desenvolvimiento de los núcleos humanos allí radicantes, pues aunque tales vías pudiesen tener en un principio fines militares y estratégicos, pasarían después a ser de carácter económico y de tráfico comercial para la exportación de los productos hortícolas del suelo riojano a las tierras menos fértiles de las parameras de Castilla. No hay que olvidar, como ya lo destaca B. Taracena (*Loc. cit.*), que a partir del año 154 en que los bero-

(1) Leza, Jesús de. *La Rioja en el reinado de Alfonso VI*. (Con un prólogo de Diego Ochagavía). Almendros y Compañía, editores, S. A. Méjico. D. F. 1950. *Comercio y Comunicaciones*, pág. 163. (Interesante y erudito ensayo histórico de la Rioja en el reinado de Alfonso VI).

nes del valle del Ebro, entre Calahorra y Haro, se someten a Roma hasta las primeras amenazas germánicas de la segunda mitad del siglo III de J. C., debió transformarse una gran parte de la estepa y secanos de la Rioja en regadíos, merced a un sistema de canales, acequias y acueductos, que al convertirla en vergel aumentarían enormemente su producción agraria.

Una serie de antiguos caminos que desde el solar riojano irradiaban hacia el Ebro en dirección Norte y que utilizando vados, barcas y puentes ponían en comunicación con Navarra y Vascongadas, las tierras de Rioja fueron motivo, en muchos casos, para el tráfico comercial con esas regiones en la antigüedad y en tiempos medievales, y asimismo causa de una mayor densidad de población en esos lugares que incluso, a veces, se deja sentir en nuestros días. Sus pueblos forman actualmente los nudos de una red constituida por los caminos que hoy los relacionan. Y en la Rioja Alta, jalonando la carretera que va a Belorado (Burgos) se encuentran: Tormantos, Leiva, Herramélluri, Ochánduri, Cuzcurrita de Río Tirón y Tirgo de Río Tirón. En la que, a través de los Montes Obarenes, relaciona el ángulo occidental riojano, con Bugedo (Burgos) se hallan Treviana y Foncea. Asimismo, *pueblos de carretera* son muchos de los situados entre las cuencas del Najerilla y del Iregua, con buen número de los de la Rioja Baja, entre el Leza y el Cidacos. Y, por último, algunos del límite oriental de la región, como Aguilar del Río Alhama, Inestrillas y Cervera del Río Alhama.

No es la Rioja de las regiones peores dotadas de vías de comunicación, a lo que contribuyen las características peculiares de su espacio geográfico y la explotación agrícola en minifundio de sus tierras. Cada huerta, cada *pieza*, cada viña, cada heredad, tiene su caminejo, o por lo menos su senda. No obstante, aunque no muchos, existen pueblos aislados, casi todos ellos de tipo montaraz, y en el límite geográfico y tectónico de sierra y tierras bajas: Ribalmagullo, La Santa, Hornillos de Cameros, etcétera; comprensible aislamiento por su naturaleza topográfica y agraria. Mas otros del oriente de Rioja dedicados a la agricultura y ganadería se hallan relativamente aislados, como Navajún, Valdemadera y Cornago, no existiendo poderosas razones para ese aislamiento en la actualidad. De los tres pueblos últimos, alguno, como Navajún, es un pequeño núcleo humano, rural, de 270 vecinos. Pero Cornago cuenta ya con 2.500 habitantes y es pueblo de historia. Sin embargo, para llegar desde él a la capital de la provincia es preciso hacer un recorrido

de 90 kilómetros, pudiendo reducirse a los dos tercios con un empalme que ahorrare los rodeos.

Las características geográficas y tectónicas de la región que como limitadoras de la misma hemos dejado indicadas, más adelante dan la norma a quien repare en ellas para evitar el aislamiento, mayor o menor, de muchos pueblos de la zona Sur de la misma. Es preciso, para ello, establecer una nueva línea de comunicaciones en dicha zona que guarde, en rasgos generales, cierto paralelismo con la que corre a lo largo del curso del Ebro. El trazado de esa línea directriz de carretera debe darle la dirección esquemática del sentido de las grandes fracturas, que aíslan las tierras altas de los Cameros y La Demanda de la depresión riojana. Una comunicación axial de las zonas oriental y occidental de la Rioja, en sentido transversal por el Sur de la misma sería altamente beneficiosa, no sólo como profiláctica del aislamiento demográfico, sino por su valor estratégico y como vía de intercambio de productos entre esas zonas y las tierras burgalesas de la Bureba.

El estudio realizado por nosotros de Torrecilla en Cameros, con motivo del ensayo de monografía geográfico-etnográfica de dicho pueblo, nos permitió observar la existencia de un trozo de carretera abandonada que se pierde en las faldas del Serradero subiendo por las eras de Campo-Póo, desde el pueblo camerano referido. Esa carretera, que según se dice, procedía de la Rioja Baja, obedecía, probablemente, a un proyecto de comunicación de los pueblos comarcales de las cuencas del Cidacos, del Iregua y del Najerilla, puesto que en Nájera debía terminar esa vía de comunicaciones conforme se me informó. Desconocemos las causas de la interrupción y paralización de las obras. Pero tenemos noticias de que por Obras Públicas se está efectuado un estudio en favor de la comunicación que antes preconizábamos, en cuyo estudio se prevé que desde Calahorra, pasando por Munilla, Hornillos, Torrecilla en Cameros, Pedroso y Estollo, podrá llegarse a Santo Domingo de la Calzada, para tomar conexión vial con tierras de Burgos y Vasconia.

No terminaremos este apartado de nuestro trabajo sin hacer mención de otras causas humanas que localizan pueblos y hacen aumentar o disminuir la población de los mismos. Entre ellas se encuentra el ritmo a que están sujetas sus *actividades y ocupaciones*. Primordiales son, a nuestro juicio, las agrícolas y ganaderas. Ellas regulan principalmente en todas las épocas de su historia natural y civil la distribución y el auge de la pobla-

ción en la Rioja. Por causas de raigambre geográfica, geológica, etnográfica e histórica de la región, la ocupación preferente de sus naturales ha sido y será siempre la agrícola con el complemento de la ganadera, dado el arraigo de ésta como manifestación de la vida económica española. Pues aun cuando en el pasado y en el presente se hayan observado notables manifestaciones de la dedicación a la industria y muchos pueblos riojanos que en tiempos pretéritos tuvieron actividades industriales al decrecer o extinguirse éstas hayan visto decrecer visiblemente su población, es bien palmario que al volver sus ojos a la agricultura, como dedicación substitutiva, no pudieron emplearse en ella los brazos que habían quedado sin trabajo, porque las condiciones geográficas y edáficas de las tierras en que radicaban tales pueblos no lo permitían.

Causas *colonizadoras* hacen que en Rioja, según avanza la reconquista, evolucione la población agrícola, mejorando su condición social. Jesús de Leza (1) afirma que la concesión de fueros, como los de Nájera y Logroño, en tiempos de Alfonso VI, y el otorgamiento hecho a Calahorra como restauración de buenos usos y costumbres influyó en el auge de la población riojana, cuyos habitantes, según el citado autor, se emancipan de su situación de villanos en muchos casos, «obteniendo un estatuto jurídico que en el futuro regulará sus relaciones con el monarca, cancelándoseles las cargas onerosas y prestaciones personales y adquiriendo la condición de libres para poseer las tierras y bienes muebles en plena propiedad, con la facultad de disponer los mismos, alcanzando igualmente la concesión de bienes comunales en tierras de cultivo, dehesas para pastos, montes para leñas y derechos de riego que venían a completar toda una economía agrícola de los pobladores».

J. José Bautista Merino Urrutia, en un notable y documentado trabajo, sobre el valle de Ojacastró (2) al comentar la despoblación del referido valle que tan vasta extensión e importancia alcanzara en los siglos X y XI e ir decreciendo la hegemonía de Ojacastró, a partir de entonces, como cabeza del valle, mientras aumentaba la importancia de Ezcaray y su vecindario, dice que «acaso pudiera obedecer al fuero de población que Fernando VI otorgó al Valle el 24 de abril de 1312 en las Cortes

(1) *Loc. cit.* Pág. 136.

(2) Merino Urrutia, J. José Bta. *El valle de Ojacastró* Homenaje a don Luis de Hoyos Sáinz. Tomo II. Madrid 1950. Pág. 275.

de Valladolid». Su objeto era, sin duda, repoblar nuevamente el Valle en el que, al correr del tiempo, se había operado una enorme despoblación. Y para llegar con eficacia a una *re-población* de aquel trozo de territorio riojano, en la época referida, se concedía a los pueblos del citado valle «la exención de todo pecho y tributo, se prohibía la entrada de Merinos y justicia de toda índole y se permitía el refugio de malhechores». Así era el fuero de Valdezcaray, así llamado por la capitalidad de Ezcaray sobre los cuatro pueblos del Valle en aquel entonces, privilegios que fueron confirmados, a partir de esa fecha, por todos los reyes, hasta que se abolieron, a principios del siglo XIX.

Repoblación y colonización son hechos humanos que pueden hacer surgir pueblos en un sector de territorio donde no los haya o dar incremento demográfico a una población decreciente a todas luces, o en vías de desaparición. Más de treinta pueblos se hallan en esta etapa etnográfica de su vida en el solar riojano. Absorbidos por las condiciones geográficas y edáficas del lugar en que radican desaparecerán con el tiempo como muchos de los agrupamientos rurales, de los que ya no queda más que el recuerdo. ¿Causas de ello? La principal es la primera por la que lucha el hombre en la vida: la «mantenencia», que diría el Arcipreste de Hita. Por ella trabaja la humanidad y orienta sus actividades en el sentido de procurársela con el mínimo esfuerzo y el máximo rendimiento. Por eso los pueblos en que su consecución es penosa, sus habitantes son modelo de heroísmo del vivir cotidiano, y más pronto o más tarde abandonan el lugar de sus ocupaciones de vida, para seguir los derroteros de la emigración, no siempre bien encauzada.

Creemos, por tanto, que la única medida eficaz en estos casos para remediar el mal es la colonización y mejora de tierras improductivas con el riego y el trabajo que esos brazos, llevados por fuerza a la inacción, ofrecerían trasladados a otras zonas regionales inexploradas. Las tierras esteparias próximas al Ebro, transformadas en regadío, esperan la surgencia de pueblos nuevos que substituyan a los abandonados por inhóspitos y negados a ofrecer medios de vida a sus habitantes. Trasladar, en su propia región, a lugares propicios para el desenvolvimiento de su vida, a esas gentes a quienes la Naturaleza les niega la obtención del fruto de su trabajo, sería obra de redención social, cuyos resultados tendrían también repercusión en nuestro país.

(Continuará)